



Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

JOSÉ CUSACHS

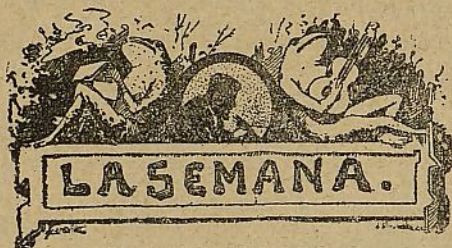


Hagan Vdes. honor
al que es, por caso ejemplar,
buen militar, buen pintor
y buen pintor militar.

SUMARIO

TEXTO. —*La Semana*, por Luis Royo Villanova. —*En busca de 15 duros*, por F. Salazar y Salazar. —*En el parnaso*, por José María Codolosa. —*Matrimonio modelo*, por Estrella Areny. —*En prisión*, por Ricardo Taboada Steger. —*La felicidad*, por Emilio de Motta. —*No puede ser*, por Adolfo Luis García. —*Sobre gramática*, por Bernardo de A. Castillo. —*Lo de Marruecos*, por Florentino Llorente. —*Cazar con lazo*, por Enriquè Usua. —*La vejez á la juventud*, por Vicente Andrés.

GRABADOS. —*José Cusachs*, por Escaler. —*Entre extranjeros y Tauromaquia*, por Cilla. —*Picadillo*, por A. Pons. —*Viajando y Cantar*, por Escaler.



Aparte del proceso de la calle de Fuencarral, "que aún colea allá en el Supremo, tenemos ahora el «crimen misterioso» de Madrid, los «crímenes de Gandel» en la audiencia de Tortosa y el sin número de juicios por jurados que la prensa acoge como pan bendito, gracias á la novedad del procedimiento.

Ahora que están de moda las compentecias ¿no podrían entablar una de estas, los directores de *La Revista de Legislación* y de la *idem de los Tribunales* contra la prensa diaria, hasta conseguir que esta se *inhibiese* dejando de meterse en procesos de once varas ¿qué digo, de once varas? de once mil folios?

El sistema nervioso de los lectores estaría de enhorabuena.

Hay que provocar cuanto antes la reacción contra este furor judicial que ahora nos ha entrado y al cual podríamos llamar *Themicismo* ó *Astreomania*, por tratarse de la espada de Themis y de la balanza de Astrea.

Si cogéis un diario y huyendo de las secciones telegráficas y de noticias—dedicadas exclusivamente á la curia—os refugiáis en los «Espectáculos» vereis títulos como los siguientes: *Fuez y parte*, *Robo y envenenamiento*, *El autor del crimen*, *A cadena perpétua*, *Robo en despoblado*...

Si vais á los sueltos, leéis: Santo del día: San Fulano, abogado de tal y tal cosa.

En los folletines vereis obras de Javier de Montepín y consortes, es decir, de los demás representantes de la novela judiciaria.

En la última plana, anuncios de *Abanicos*, cadenas y otros objetos penitenciarios.

El llamado «cuarto poder» ha invadido la esfera del tercero, ó sea del poder judicial.

Ya es más precisa en las redacciones la Ley de Enjuiciamiento criminal, que el famoso Diccionario de Larousse, ese remedio universal para toda clase de apuros científicos, literarios y artísticos.

Al cuarto turno de ingreso en la carrera judicial—que tanto preocupó al ministro del ramo—habrá que añadir un quinto turno, formado por los periodistas que hayan obtenido méritos reseñando juicios orales ó comentando sumarios.

Y, en fin, las *Causas célebres* de Caravantes, y otros libros por el estilo, quedarán oscurecidos dentro de poco por la colección anual de cualquier periódico de ahora.

No busqueis ya á los *reporters* en los círculos políticos, en los cafés ni en los teatros.

La última hora de los diarios es costumbre hacerla en la antecala del juzgado ó en los pasillos de la Audiencia.

—Esto acabará por consunción—decía un caballero—ya llegará día en que falten crímenes interesantes y procesos complicados...

—No haga V. caso—le contestaban;—si tal ocurriera, no faltan en la Historia crímenes y delitos, en los cuales no se ha ocupado todavía la prensa. Ahí están la muerte de Abel, la rebelión armada de Luzbel, el incendio de Sodoma, el rapto de las Sabinas...

El periodista futuro necesitará dotes excepcionales de seguridad y perspicacia.

—Yo quisiera entrar en el periódico...

—Bueno y ¿qué sabe V.?

—Pues, V. verá: un poco de gramática, algo de historia, una *miéja* de literatura... un tinte general, vamos.

—Si, eso bastaba antes; pero dígame V.: ¿sabe, por ventura, quienes fueron los asesinos del general Prim?

—No, señor.

—Pues á esas cosas debe V. dedicarse; y ¿sabe V. qué fué de D. Rodrigo, después de aquello del Guadalete?

—Tampoco.

—Vaya, hombre, pues esto es de importancia; y ¿á que no sabe V. con qué mataron al rey...?

—Si señor: con el As del mismo palo.

Hemos de confesar—aunque parezca perogrullada—que algunos periodistas cuando no hay juicio estan locos y cuando no hay *vista* andan ciegos.

—Pero, hijos, ¡por Dios!—decía un caballero á dos *reporters*, amigos suyos,—os amilanais sin motivo.

—Eso digo yo—contestó uno de ellos—estamos apurados cuando no tenemos *causa* ninguna.

De seguir esto así, no me extrañaría que á algún periódico le ocurriera la idea de hacer la tirada en papel sellado.



Esto de ser juez y perseguir el juego «tiene sus ventajas y sus inconvenientes», como dice el portero de *Pepa la frescachona*.

Porque resulta la mayor de las inmoralidades que, tratándose de jugar, vaya un juez y tome cartas en el asunto.

Además, que si los jueces instruyen sumaria á los jugadores y hacen que el escribano apunte literalmente sus frases y dichos ¡ahí se nada la penalidad que les aguarda á los aficionados á «verlas venir»!

Que Fulano ha dicho: «mato al rey.» Pues auto de prisión por regicida.

Que Mengano ha dicho «robo tales ó cuales cartas». Pues á la cárcel por sustraer la correspondencia pública.

Que Zutano ha pedido «más copas». Pues se le llena el cuerpo de amoniaco y que duerma la mona en la prevención.

La «justicia histórica» necesitaba defenderse de la prensa insensata.

Pero, á juzgar por las señas, los jueces han salido mal de su empeño,

¡Como que todos están metidos en círculos viciosos!

—¡Vaya unas causas! ¡vaya unos sumarios!—decía un *juezófobo*—¡Vaya unos procesos! Le digo á V. que los autores de tales cosas debían marcharse á hacer media.

—Pues mire V., ya estan en el camino, porque ahora se dedican á «coger los puntos.»

Los jugadores se defenderán indudablemente, como gato panza arriba.

Uno de aquellos leía en un periódico un suelto por este estilo.

«En las afueras de esta población ha sido encontrado un hombre: asesinado. El juez ha salido á levantar el cadáver.»

—[Habrás visto!—comentaba el lector—]pues no persigue el juez á los jugadores, cuando él es el primero que levanta muertos!

Un alguacil disputaba con el portero de un casino, pugnando por pasar adelante.

—Le digo á V. que aquí no se juega.

—Permítame V.; á mí me han asegurado, que la timba está en un rincón del círculo...

—Pues ya se vé que le han engañado. Si esto es un círculo [cómo quiere V. qu: tenga rincones!

Una víctima de la actual persecución aplaudía en broma la entrada de los alguaciles en un Casino:

—Bravo, muy bien [que les den la oreja!

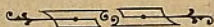
—¿Cómo la oreja?

—Si, hombre, sí: la oreja... de Jorge.

LUIS ROYO VILLANOVA.

CERTAMEN DE LA SEMANA CÓMICA

COMPOSICIONES RECIBIDAS



EN BUSCA DE 15 DUROS

Ó EL CERTAMEN LITERARIO



Revista cómico-trágico-lírico-bailable en un acto y dos cuadros, prosa y verso, original de D. Francisco Salazar y Salazar (este soy yo) música de Chueca, Valverde, Chapí y otros distinguidos maestros.

CUADRO 1.º—ESCENA 1.ª

La escena pasa en la Redacción de LA SEMANA CÓMICA, (Vertrallans, 3.) Habitación decentemente amueblada, mesas, sillas, periódicos en las paredes, á la derecha un diván bastante grande, al fondo una puerta practicable y á la izquierda una ventana.

Al levantarse el telón, aparece D. José de la Reguera revolviendo y repasando (¡infeliz!) los originales para el certamen literario.

REGUERA. Pues señor, me han divertido; hace tres horas lo menos que estoy leyendo sandeces y repasando adefesios. ¡Qué artículos, Santa Rita! ¡Qué quintillas, qué sonetos! Esto no es literatura, ni esto es prosa, ni esto es verso. Y es que parece mentira que entre más de cuatrocientos trabajos que han remitido no encuentre ninguno bueno. ¡Siempre igual! «A mi vecina,» «á mi suegra,» «á mi casero,» coplas á lo Campoamor, y coplas á lo Sinesio. Ya estoy harto de estos chicos que no inventan nada nuevo, ni escriben nada notable ni piensan con su cerebro y en periódicos festivos derrochan gracia y talento, imitando servilmente... lo peor de sus maestros. Ya se sabe: al que se mete á cronista, por ejemplo, las crónicas de Taboada le han de servir de modelo; y el escribiente Grasilla, la reunión de D. Tadeo,

las señoras de Balduque, el presbítero, el cerero, desfilan ante la vista del público, que es tan bueno, que ni siquiera se enfada cuando le toman el pelo. ¡Pues y los *campoamorianos*? Nada, no puedo con ellos... Estos niños pensadores, estos Sénecas modernos, que quieren pasar por sabios haciéndose los escépticos, y con frases retumbantes *arreglan* un pensamiento tan viejo como gastado, tan gastado como huero, me fastidian, me encocoran y me atacan á los nervios... Y aun hay niño que se queja de que no gana el sustento con los rípios que regala á editores y libreros, y que dice en todas partes: «el arte está por los suelos; por más que luchó y trabajo no logro romper el hielo.» La crisma deben romperte, por estúpido y por memo, á tí y á los mentecatos que quieren pasar por genios subiendo al templo del arte con la escala del pocero.

(Llaman á la puerta suavemente.)

Han llamado... ¿quién será? de seguro es el cartero; pues si hay más originales, en aquel chisme los meto (Señalando una papelera) ¡Anda y que los lea el Nuncio, que lo que es yo no los leo!

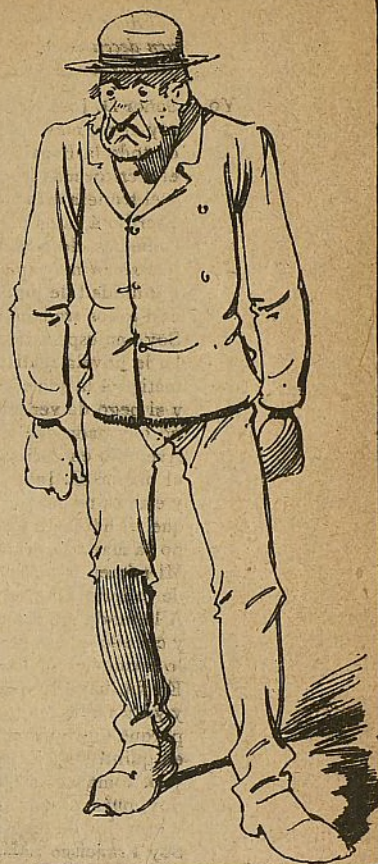
ENTRE EXTRANJEROS



—¡Ah! si *vos* avié un duró...
—¿Un duró? no sé que c' est...
—(¡Vamos, este es tan francés
como yo!)



—Vamos á ver ¿y que hará V. si vé que el toro le gana el terreno?
—Pues... si veo que me lo gana legalmente... dárselo.



—¡Mire V. el muy!... Sostenerme á mí que aquello no fué un bajonazo... ¡A mí, que he tomado café con el sobrino de Cúchares!



Uno de nuestros primeros afamados novilleros.



—¿Y qué hizo entonces Frascuelo con el periodista?
—Pues fué y le dió un pase.
—¿De pecho?
—No, hombre: de cartón, para que pudiera entrar de *gratis*, vamos al decir, á ver las corridas.

(Abre la puerta y penetra en escena un joven decentemente vestido... Ese joven soy yo... aunque me esté mal el decirlo.)

Yo. Señor D. José Reguera,
soy el ser más desdichado
de toda la España entera,
el escritor más tronera
y el tronera más tronado.
Escribo á ratos perdidos
comedias, dramas, sainetes,
que serán muy aplaudidos
é infinidad de juguetes,
casi todos traducidos.
Soy una especialidad
en la novela realista,
fustigo á la sociedad,
y si pego de verdad
no hay nada que me resista.
Aventajo en corrección
al mismo D. Juan Valera,
y este es mi mayor blasón,
que el habla de Calderón
no la maneja cualquiera.
Mi númen lo abarca todo,
de lo serio á lo festivo.
A la moda me acomodo,
y cuando quiero describo
lo mismo el cielo que el lodo.
En fin, hago lo que puedo
y yo á nadie tengo miedo,
porque logro echar la pata,
en quintillas á Zapata
y en romances á Quevedo.
Soy, pués, el más singular
y el mejor de los poetas.
Soy Francisco Salazar,
que ha venido aquí á cobrar
setenta y cinco pesetas.

REGUERA ¿A cobrarlas?

Yo Sí señor.

REGUERA Las cobrará si las gana.

Yo Mi trabajo es superior
y ha de ser de lo mejor
que publique la SEMANA
Escrita en buen castellano,
es una obrita divina;
en ella se dan la mano
el lenguaje más galano
y la sátira más fina.
A su lado no son nada
ni la Eneida ni la Iliada
y es su estilo tan brillante,
que puede ser comparada
con la Comedia del Dante.
Todos, todos los lectores,
sin distinción de colores,
votarán mi original

(Se oyen voces en la parte de ajuera.)

REGUERA Mas... ¿quién grita en el portal?
Deben ser los redactores.

Abre Reguera la puerta

y penetran en la escena,
en revuelta confusión,
Luis Royo, Antonio Cortón,
José de Diego, Ansorena,
Liminiana, Cruz Ferrer,
Motta, Pons, L. de Urraza,
Almodobar, Cerrolaza,
Mecachis, Cilla, Escaler,
Luis Zamora y Caballero,
Medina, Pepe Borrás,

y otros muchísimos más
que me dejo en el tintero.
Y saludando á Reguera,
se sientan en el diván,
y entonan un rataplán
de la siguiente manera):

MÚSICA.

CORO:—Cada uno habla por sí, pero al mismo tiempo.

Somos escritores y somos artistas
unos catalanes, y otros de Madriz,
tararí.

Yo vengo buscando los 15 dureses,
y en cuanto los coja me largo de aquí;
tararí, tararí.

A mí me los darán,
rataplán
si juzgan sin pasión,
rataplón,
pues todos votarán
rataplán
por mi composición
rataplón

(Yo me adelanto hasta las candilejas y canto lo siguiente, con música del «Huevo pasado por agua».)

Yo.

De las artes rey me llaman
y soy un artista de marca mayor,
pues no hay otro en este mundo
que escribiendo resulte mejor, etc. etc.

CORO.

¿Quién será este tipejo?
quién será este arlequín?
¿si será catalán?
¿ó será de Madriz?

REGUERA No, lo sé á punto fijo,
pero debe de ser
un artista famoso
y de mucho valer

(Este ripio, digo este verso, se repite indefinidamente.)

HABLADO

Yo Yo, señores, soy del gremio.
Tengo gran reputación,
y vengo con la intención
de disputaros el premio.
Y aunque me tacheis de loco,
diré que vuestras poesías,
comparadas con las mías,
tienen que valer muy poco.
Vosotros sois de una raza
de chiquillos de la escuela,
que va pisando la estela
que ha dejado Vital Aza.
Raza de la que reniego,
raza anodina, infernal,
que empezando en D. Vital
acaba en Perico el Ciego.
Esto pasa de la raya.
Hará que mi furia estalle,
¡Que se vaya! ¡que se calle!
¡que se calle! ¡que se vaya!
(Se insultan los redactores
y empiezan las sopapinas,
y tiemblan las bambalinas,
y crugen los bastidores.
Yo, entre tanto, no me apuro
y pego duro que duro
con una furia que pasma.

UNO
OTRO
TODOS

REGUERA Esta escena, de seguro al público le entusiasma.)
Caballeros, por favor, moderad vuestro furor y contemplad un momento el hermoso monumento que han levantado en mi honor. Hoy el pueblo catalán, queriendo premiar mi afán, ha cerrado sus talleres, y hombres, niños y mujeres ante mí desfilarán.

(Todos se agrupan en la ventana.)

CUADRO SEGUNDO

Decoración de plaza. En medio se levanta un pedestal de marmol, bronce y oro, sobre el cual está la SE-

MANA CÓMICA, representada por una matrona de buen ver, que figura coronar á una joven un tantico flaca y demacrada, que viene á ser la Literatura. En el fondo se vé la Redacción de la SEMANA CÓMICA, y asomados á las ventanas todos los redactores con Pepe Reguera á la cabeza. Luces de bengala, fuegos artificiales, etcétera, etc. Yo, entusiasmado, loco, frenético, al contemplar aquel espectáculo tan grandioso...

me arrojo por la ventana, gritando de esta manera:
«¡Viva el Señor de Reguera
Director de la SEMANA!»

TELÓN RÁPIDO

F. SALAZAR Y SALAZAR.

EN EL PARNASO

La vida es sueño.
Calderón.

era LA SEMANA CÓMICA

Daban de ella un buen dictamen Hartzenbusch, Larra y Lafuente y después de un corto exámen, dijeron que su certamen era una idea excelente.

Principalmente por las setenta y cinco pesetas, mómio que reunir jamás pudieron treinta poetas, desde Píndaro á Borrás.

Se encomió á su director Fernández de la Reguera, y el talento superior de Royo, que es en rigor siempre su firma primera.

Se habló de José de Diego con elogio, de Ansorena, Catarineu, Motta... y luego con mi pata de gallego un callo pisé á Balbuena.

Al ¡ay! del *poemista* herido advirtieron mi presencia, y al instante fui cogido y con feroz alarido proclamaron mi... sentencia.

—¿Quién eres?—me preguntaron; quise darles mis excusas... mas ellos no me escucharon y ayudados por las Musas:

—¡A fuera! ¡a fuera! gritaron.

En tal revuelta cayó, un papel de mi bolsillo, y un poeta lo recogió: era Salas Barbadillo, y aquí el motín aumentó.

—¿Qué es?—¿Qué ha de ser? ¡ver-
[sos son!]

—¡Oh, qué versos tan perversos!

—¡Es un poetaastro ramplón!

—Por escribir tales versos

¡a la horca!—¡No haya perdón!

Yo, que perdido me ví, de sus manos escapé y tanto y tanto corrí, que de la cama caí al suelo y... me desperté.

JOSÉ M.^a CODOLOSA.

Sin duda soñando fué, pues con mi talento escaso, y sin dar siquiera un paso, el otro día me hallé en la cumbre del Parnaso.

Asombrado contemplaba el alcázar eminente al que un jardín circundaba y el rubio Apolo doraba con los rayos de su frente;

cuando, desde su dintel, con voz reposada y fría, preguntóme el guarda fiel, D. Vicente de Espinel,

quién era yo y qué quería —El por qué me encuentro aquí, difícil es de explicar, —al buen viejo respondí,— pero que deseo, sí, con vuestro permiso entrar.

En letras mi nombre fué siempre ignorado en el mundo, mas en mi abono os diré que desde niño admiré vuestro talento profundo.

Y esta admiración es tal que... á las pruebas me remito: tres mil, si no cuento mal, son las décimas que he escrito, (1) ¡ya veis si soy *decimal*!

Pienso que la adulación no será allí cosa pésima, pues con gran satisfacción, franqueóme el portalón el inventor de la décima.

Desde un largo corredor de vistosa pulcritud, llegué á un salón interior, dó hablaban con gran calor de hombres una multitud.

Vi, por sus trages rasgados y sus palabras discretas, que los allí congregados eran ilustres poetas de nuestros tiempos pasados.

Y aun algunos conocí; Santiñana y Juan de Mena

hablaban con Jaureguí, y entre un corro también ví al buen Marqués de Villena.

Bosteza Calderón, para probar con empeño á los de aquella reunión. «*que toda la vida es sueño*» «*y los sueños, sueños son*»

Quevedo chistes ventía caladas las antiparras, y á Montalbán perseguía, que asustado se escondía, por no caer en sus garras.

Jorge Manrique llorando estaba el tiempo perdido, el gran Lope improvisando, y Garcilaso cantando á la hermosa *flor de Gindo*.

Cervantes y Avellaneda insultos se tributaban; rezaba el místico Ojeda, y Tirso y Lope de Rueda á Moreto aconsejaban.

Loaba Herrera, el divino, nuestras glorias españolas; y el mundanal torbellino criticaban con buen tino Rioja y los Argensolas.

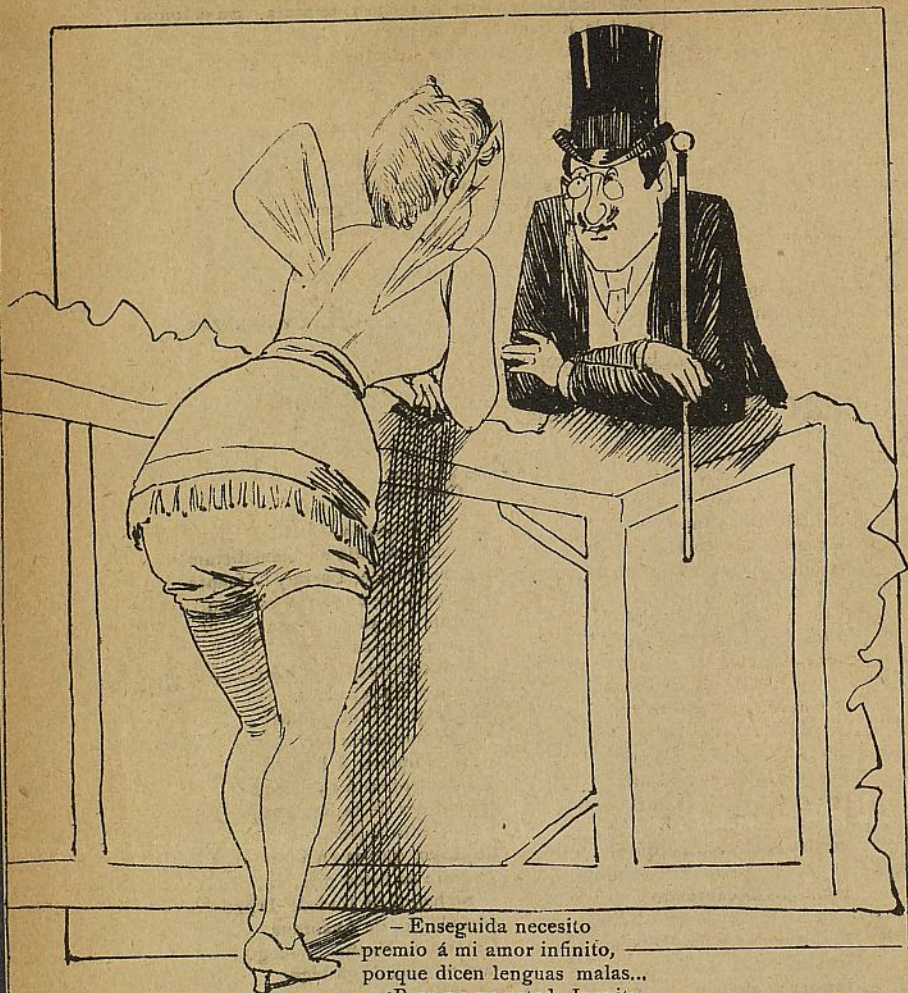
Céspedes dogmatizaba; Triarte, con buen fin, sus fábulas recitaba; Gil Polo idilios cantaba y aplaudía Moratín.

El pobre Alarcón sufría de su *joroba* el engorro; Villegas *néctar* bebía, y en alta voz en un corro Quintana un papel leía.

A veces interrumpido por alguna donosura era el vate, y discutido el pensamiento emitido, proseguía la lectura.

Curioso soy en exceso; de su crítica anatómica quise escuchar el proceso, y vi que el papel impreso

(1) Efectivamente, entre catalanas y castellanas, las escritas por mí hasta hoy día de la fecha, pasan de tres mil décimas



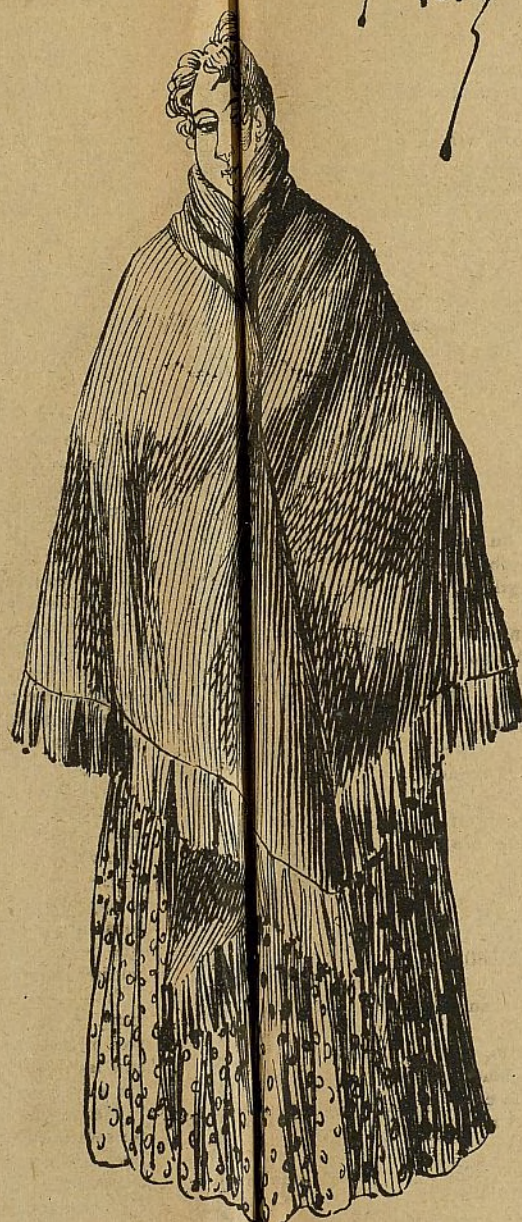
— Enseguida necesito
premio á mi amor infinito,
porque dicen lenguas malas...
— ¡Pero no ve usted, Juanito,
que me lo impiden las alas!



— Otro esposo, en tu lugar,
matado hubiera en venganza....
— ¡Oh! me lo impidió el pensar...
— ¿Qué? — ¡Que aun faltaba empezar
la época de la matanza!

OTRA DE LA C... VIA

A. Pons



Cuando me aquí,
lo primero pelo aprendí
fué á saltar
por las noches...



— Me voy, pues me espera ya
la esposa *fiel* de Bellido.
— ¡Anda con Dios, pervertido!
(¡Ahora vengo yo de allá!)



— ¡Con que al cabo?... ¡Muy bien! ¡bravo!
— Ha dos años se casó...
y al cabo... pues... le ocurrió
lo que ocurre siempre al cabo.

MATRIMONIO MODELO

— 3 —

(SONETO)

Fáltale, Silvio, paz al bandolero,
Talento al tonto, suerte al desgraciado,
Ropa al poeta, gloria al condenado,
Sanidad de conciencia al usurero.

Bonanza en la borrasca al marinero,
Vida al difunto, gusto al mal casado,
Quietud al inexperto enamorado
Y amigos al hinchado caballero.

Razón al pobre, pesadumbre al rico;
Caridad, compasión, al escribano;
Velocidad al mísero borrico;

Al enfermo salud, males al sano,
Novia al soltero, á la pelada trenza,
A tu esposa virtud y á tí vergüenza.

ESTRELLA ARENY.

EN PRISION

(SONETO)

Sin cesar tu hermosura voy buscando,
anhelo contemplarte noche y día,
en los sueños te ve mi fantasía
y sueño con soñar que estoy soñando.

En tí constantemente estoy pensando;
vuela hácia tí la humilde musa mía,
¿dónde estás? ¿por qué robas mi alegría?
Donde quiera que estés, me estas matando.

Para mí no hay momentos venturosos;
te mando mil suspiros amorosos,
suplicando que mi alma no destroces
y al llamarte con voz apasionada,
oigo que el corazón me dice á voces:
No la busques, la tengo yo encerrada.

RICARDO TABOADA STEGER.

LA FELICIDAD

I.

Cuando aun le apuntaba el bozo
tuvo tres riñas y el mozo
dejó tendidos á tres;
por eso lleva Ginés
seis años de calabozo;

y en la lóbrega prisión
donde vejeta olvidado,
no tiene más distracción
que jugar con un ratón
en una jaula encerrado.

Cuando por casualidad
concede la libertad
al pequeño animalillo,
en lo cual el ratoncillo
cifra su felicidad,

observa Ginés atento
que aquel oscuro aposento,
que es su desesperación,
hace feliz al ratón
cuando le suelta un momento.

II.

Por fin, un día el guardián
entra y le dice: «Ginés,
ya está colmado tu afán,
puesto que á nombrarte van
cabo de vara este mes.»

Y aquel día el prisionero,
creyéndose ya dichoso
con su vara y su llavero,
recorre el presidio ansioso
transformado en carcelero.

—Y con ser cabo segundo
serás ya feliz, mocito?
le pregunta el *tió Facundo*

—Si señor, no necesito
nada más en este mundo.

—Pues yo mañana me voy
y seré feliz desde hoy,
porque á Dios gracias, cumplí,
¡y he sido cabo!... ¡y estoy
harto ya de estar aquí!

III.

Estaba desesperado
el *tió Facundo*, en verdad,
y se hubiera suicidado
si al fin no hubiera logrado
la preciada libertad.

Libertad que le otorgaba
un derecho: el de salir
del presidio que habitaba;
pero había de seguir
confinado en donde estaba.

Se lió el hombre y, al buscar
una habitación cualquiera
para poderse hospedar,
vió á un enfermo sollozar
en un catre de tijera.

—¡Facundo! ¿ya conseguiste
poder estar como yo?

—Si, chico, ya no estoy triste,
como el día en que me viste.
¡Ya soy feliz! ¿y tú?

—No;

llevo diez años aquí,
ya me ves: desesperado;
¡casi siempre estoy así!
y aunque mucho lo pedí,
no logré ser indultado

—Chico, á ti te desespera
lo que es mi felicidad

—Pues yo es posible que muera,
si no encuentro la manera
de salir de la ciudad.

—No te apures; yo veré
si puedo proporcionarte
algún medio de fugarte.

—¡Si pudieras!...

—Si, yo haré
que puedas al fin salvarte.

—En el silencio profundo
de alguna noche, Facundo,
nadaremos y...

—Yo, no;
pues estando libre yo
¿qué más quiero en este mundo?

IV.

Pasó un mes y al fin un día
con gran sigilo y temblando
de zozobra y de alegría,
en un falucho salía
hacia Valencia, Fernando.

Feliz desde aquel momento,
paseaba por la popa,
casi loco de contento;
¡iba á realizar su intento
de viajar por toda Europa!

Estando en sus reflexiones,
oyó las conversaciones
de los que estaban con él;
comentaban los renglones
impresos en un papel.

Cansado de pasear
se acercó para escuchar
también lo que se leía,
y oyó á un chico mascullar
un párrafo que decía:

«En Londres se ha suicidado
un intrépido viajero,

que estaba desesperdo,
después de haber visitado,
por placer, el mundo entero.

El desgraciado, al morir,
se contentó con decir
al Juzgado de instrucción:

«El mundo es ya una prisión
y me canso de vivir.

En veinte años he corrido
las cinco partes del mundo,
y ahora me encuentro aburrido,
porque al volver no he podido
matar este *spleen* profundo»

¡Espejismo engañador
de la pobre humanidad!
¡Lo que á uno causa dolor,
para otro es el tentador
sueño de felicidad!

EMILIO DE MOTTA.

NO PUEDE SER

Ha tenido usted, señor
Director
De la CÓMICA SEMANA,
Una graciosa ocurrencia;
A usted le ha dado la gana,
Porque sí,
De apurarme la paciencia;
Y á cualquiera otro que á mí,
Y estoy muy seguro de ello,
Le picará la ambición
Y hará su composición
Pensando pescar *aquello*.
No me fio,
Señor mío,
De ese certámen tan bello.

—
Ni escribo para el teatro
Ni nunca me juzgue un vate,
Y aunque escribí más de cuatro
Quisicosas, sin sentido,
Como cualquier botarate,
Y á usted las he remitido,
¡Claro! (sin tener fortuna
De ver publicada una)
Ya es un bocado mayor

Eso de entrar en batalla
Con la gente de valor,
Y no se halla
Dentro de mí, no, señor,
Ese poder ya probado
Para luchar, mi estimado
Director.

—
Pero es el caso que usted
Convida á los más modestos,
Otorgándoles merced,
Y como soy uno de estos,
Casi, casi me provoca
Su aviso tan obsequioso
Y agua se me hace la boca,
Pero ¡ca!
Me abstengo de hacer el oso.
Sé que irá
Al certamen gente buena
Con talento y donosura,
Y es locura
Competir con Ansorena,
Con usted, Catarineu,
De Diego, Motta y cien más;
No me *creu*

Con fuerzas, y me echo atrás.

—
Que conste, pues, que no aspiro,
Aunque me saquen de apuros,
Al premio de quince duros
¡Me retiro!
Y aunque sufra mi paciencia,
Pues sé que á todos derechos
Da usted, señor Director,
Para entrar en competencia
¡Buen provecho!
Yo no entraré, no señor.
Pero le pido un favor:
¡Cuidado! ¡sin compromiso!
Si le fuere á usted preciso
Suprimir *esa fortuna*,
Por no existir mayoría
De votos, para ninguna
Buena ó mediana poesía,
Haga votación de nuevo,
Dando el premio á la peor...
¡y entonces yo me lo llevo!
¡Me lo llevo, si señor!

ADOLFO LUIS GARCÍA.

SOBRE GRAMATICA

Visitando las Cárceles Nacionales, tuve ocasión de ver á un preso encarcelado y sumariado hace días, según dijeron, por decir á un sugeto, empleado él, que era un *prevaricador*. Esto es una verdad que en el sentir de todo el mundo existe, y á más la calificación fué dicha con toda la propiedad prosódica y ortográfica; pero el preso regularmente lo pasará mal, porque carece de las pruebas materiales necesarias para transformar en *legal* una verdad universal como el puño.

Pero señor,—razonaba yo para mi cacumen—¡que la pague uno por expresarse correctamente y llamando las cosas por su propio nombre, sin faltar á la verdad ni á precepto gramatical alguno, mientras andan campando por esos mundos en completa libertad más de cuatro *ejecutores* de periódicos y otros papelotes ejecutores á su vez de la lengua de Cervantes y Campoomor!... ¡Cuándo amanecerá la justicia que rependa y castigue sin contemplación tantas tropezas y atropellos como recaen sobre la hermosa habla castellana?

Bajo la impresión de la vista que me infundió estos razonamientos pasé todo aquel día, perdiéndome en conjeturas sobre lo que pasaría si hubiese un tribunal del buen sentido que metiera en chirona á los fautores de delitos contra el buen decir; idea que acariciaba y saboreaba con un deleite que pronto me llevó, fantaseando, á imaginarme un coche celular ocupado por unos individuos sorprendidos en el acto de *cometer* un artístico cartel con una línea que destacaba, y en la que se leía:

«*Habierto* hasta la salida de los teatros.»

Mas no paró aquí la confabulación fanático-gramatical. Mis pensamientos persistieron hasta la noche, y ya puesto de cuerpo entero á la disposición de Morfeo, tuvo á bien el buen señor solazarme con una pesadilla que podrán saber *los que las presentes vieron y entendieron*.

Me encontré de nuevo ante el preso que había visto, y que tanto me dió que pensar; refería someramente mis reflexiones durante el día á un empleado que me

acompañaba, y que parecía sonreír con satisfacción oyendo mis cuitas, cuando el buen señor me indicó que le siguiera. Hecho así, me condujo frente á la puerta de una pieza amueblada con relativa comodidad.

—Estos señores,—me dijo—son periodistas detenidos, á quienes aquel actuario está tomando declaración.

—¡Cómo!—esclamé.—Es verdad. Los conozco. Allí veo de casi todos los diarios de la capital...

—Casi todos son coautores, es cierto.

—Y ¿qué es ello? ¿De qué se trata?

—Atienda V., que lo podemos hacer. Aquellos han prestado ya declaración, y faltan solo estos de acá.

Entre los primeros había un redactor de cada uno de los periódicos *La Dinastía*, *La Vanguardia*, *El Suplemento*, *Diario Mercantil*, etc., etc., con numerosos *peixi minuti*. Los segundos eran sólo de *La Publicidad* y *El Diluvio*. Con aquéllos también ví á un hombre serio y grave, que no supe conocer: estaba meditabundo como ningún otro de sus compañeros.

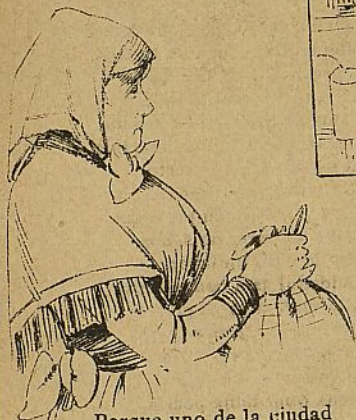
El actuario, hechas las preguntas reglamentarias, dijo al del *Diluvio*:

—¡El preso se confiesa autor de aquellas reseñas de sesiones municipales, aquellas censuras dadas á diestro y siniestro, aquel modo de tratar asuntos de interés general, y aquellos términos de indicar toda clase de mejoras, que por la forma pugnan con la cultura literaria y están reñidos con toda ortodoxia retórica?

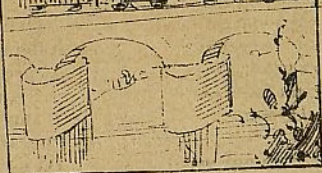
—Sí, señor; mas téngase en cuenta que en el fondo se toca la verdad, y esto lo disculpa. Además, el periódico es de carácter popular, y como se dirige al pueblo, ha de hablarle en forma clara y concreta para hacerse entender.

—El pueblo entiende perfectamente con que se indiquen las cosas por su nombre; y como, por otra parte, sabe que hay algo que se entiende por *honestidad literaria*, no echa de menos el que no se escriba precisamente y en todos casos, como decía Quevedo, llamando «al pan, pan; al vino, vino... En cuanto á que en el fondo se toque la verdad, ¡le parece bien que por esta razón se estampen atrocidades como la de que «Un joven de excelentes cualidades físicas desea contraer ma-

VIAJANDO



Porque uno de la ciudad
le dijo que si viniera,
pronto haria la carrera...
¡y es verdad!



¡Porque le olvidó la ingrata
y ahora la pena le mata!



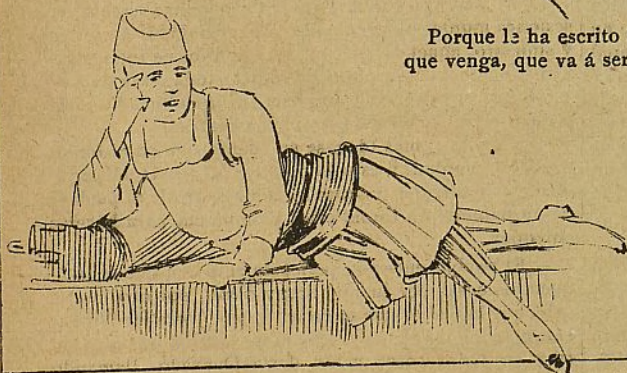
Para ver si su Paula, que es nodriza,
sigue siempre tan fresca y tan rolliza.



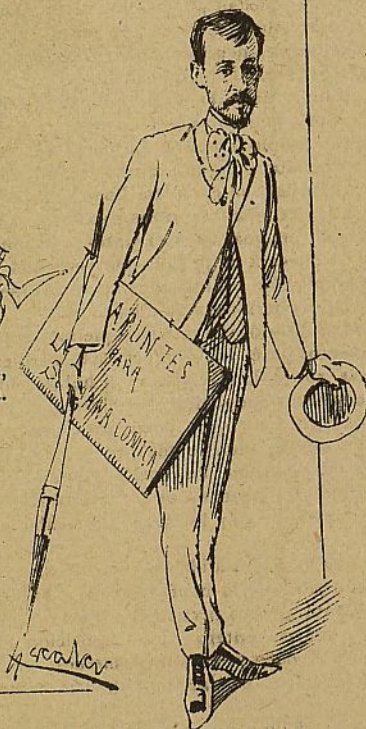
Porque siente en sí el ardiente
hábito de la Poesía
y en el pueblo ¡francamente!
ninguno le comprendía.



Porque le ha escrito Lucía,
que venga, que va á ser... tía.



Por acompañar á su hermana Lola... que se ha metido
con el novio en el wagón de al lado.



Para apuntar esta plana
con destino á LA SEMANA.



trimonio con una mujer, aunque sea víctima de un amor desgraciado?»

—Es que, á más de la verdad, se tocan buenos cuartos en estos anuncios.

—¡Ah...! Puede retirarse.

Y entra el de *La Publicidad*.

El escribano le pregunta:

—¿Confiesa haber inferido á la indefensa gramática de la lengua española las palabras *cogear*, *regilla*, *urgar*, *hablandar*, etc.?

—Sí, señor. Pero no es tan gran delito, cuando al fin y al cabo viene á leerse lo mismo que si estuviera como Dios manda.

—No es esa una razón de disculpa—replica el agente de justicia.—Además, ¿qué me dice de las palabras *occido*, *yergüen* (de *erguir*), *macizo*, *deribado* (de *derivar*) y otras no menos graves?

—Pues digo que, con efecto, son estos delitos de gran tamaño; pero bien pudiera servir de atenuante el que un amigo nuestro (porque nosotros tenemos muchos amigos) ya dijo en cierta ocasión—y pretendiendo que no era cosa nuestra, como así es,—que nuestro corrector del diario no estaba en Barcelona, sino en Jauja, y desde allí cumplía su misión, lo cual es como decir que no sabe lo que se hace.

—Me apresuro á reconocer, como escribano y como particular, que es así como lo dice, y de paso concedo que en la redacción no escasea el talento ni la elevación de miras; pero esto no es disculpa, sino un agravante, puesto que, apercibiéndose Vds. del delito, han continuado cometiéndolo á sabiendas, lo cual equivale á premeditación y alevosía.

El presunto reo se retiró, y acabó el acto.

Este advenimiento providencial de la justicia á la tierra me tenía tan atónito como satisfecho, viendo cómo por encanto surgir un brazo fuerte en defensa de la maltrecha habla que todos debíamos respetar y mimar. Me iba á retirar, pues, orgulloso por la realidad visible de un ideal por mí tan suspirado, pero sentía una pequeña contrariedad de momento por no haber podido dar con quien era aquel viejo respetable entre tantos jóvenes bulliciosos, que contrastaba por su inalterable aspecto de honda amargura.

A Dios plugo que hasta esta duda se me desvaneciera. Terminadas que fueron las declaraciones, y cuando se hubo retido el escribano, aquel viejo se levantó y rompió su silencio exclamando como para sí mismo:

—*Afortunadamente...* antes de cien años habremos cumplido todos la condena.

BERNARDO DE A. CASTILLO.

LO DE MARRUECOS

—Ugenio, no le déis vueltas: la *dimidaz* se ha perdido.

y ya no semos ni sombras de lo que en pasados siglos.

—¡Verdaz!

—Tu sabes que yo me he dedicado al cultivo de las artes, *tan y mientras*, que he podido comprar libros. Tu sabes que *yo y Cervantes...*

—¡Verdaz, Bonifa, habeis ido á la escuela con Quijote!

¡ya lo sé! tu me lo has dicho.

—Pus entonces ¿quién se atreve á negarme á mí prencipios?

No puedo yo discutir y alzar donde quiera el grito?

—Pus está claro, Bonifa, que puedes ¡discute, chico!

—Ayá voy: tu eres un hombre, Ugenio.

—Estimando.

—¡Digo!

Ya sabrás por los papeles, que ha habido en Marruecos lío, porque una *cabila* ha dado á varios muezos, un timo. ¿Sabes, Ugenio, lo que es una *cabila*?

—Ende chico.

¡*Cavila* se llama á todo aquel que piensa!

—¡Entendido!

Pus esos moros, que son mas fantasmones que Picio,

nos coparon un *baul* en el que iban los marinos.

—Oye, Ugenio: ¿ese... *baul* tendría buen tamañito?

—¡Ay, qué gracia! Un *baul*... mundo, pero bastante añadido.

Como te digo, á los nuestros se los yevaron cautivos

los marroquines, y aluegó

los trataron como á chinos y les dieron... más disgustos

que los que sufre un menistro.

—Bueno. ¿Y qué?

—¿Como y qué, Ugenio?

Que España se achantó el mirlo y no ha armado una jarana que era ahora lo equitativo.

En esta ocasión, nosotros debimos echar el kilo

y dirnos á los Marruecos y untar al moro el hocico,

y á los *cavilas* dejarles sin muelas y sin sentido.

Y habernos traído á las chicas del Sultan, ¡género fino!

y espingardas y turbantes y medias-lunas y micos, y alfanjes, monas y ochavos y calzoncillos moriscos.

—Pero, Bonifa, arrepara que ya están libres los chicos

de Málaga, y además que eso era difícilillo.

—¿Difícil? ¡caya esa boca!

Eso metería ruido y nos daría un barniz

de cabayeros de viso que el espíritu... levante...

—¿Qué espíritu?

—¿No me explico?

¿Pus qué espíritu ha de ser? ¡El nacional!

—¿Se ha caído?

—Y puedo jurarte, Ugenio, que *mangue*, con este físico, prestaría á la nación servicios ¡buenos servicios! y *tan y mientras* que algunos se estarían escondidos, yo...

—¿Te marchabas al Africa?

—¿Al Africa? ¡l'u qué has dicho! ¡No, hombre, no, yo me quedaba pá cuidar á los heridos!

FLORENTINO LLORENTE.

CAZAR CON LAZO

Yo, que tuve al matrimonio
tanto miedo y tanto horror
como á la cruz el demonio,
tuve que casarme, por
bolonio.

Una mañana muy bella,
de las muchas que hay aquí,
tropecé con una estrella:
una pollita, y me fui
tras ella.

Avancé y... claro está
que la alcancé al fin y al cabo;
pero ¡oh sorpresa... hasta allí!
tenía la estrella un rabo:
¡su mamá!

No me asusté y la seguí;
la miré con embeleso,
y perdí el seso: eso sí,
pues por perderlo, por eso,
me perdí.

Andando ¡oh, fatalidad!
cayóle un lazo del brazo,
quizás por casualidad;
pero yo caí en el lazo
de verdad.

Pues al dárselo gozoso,
me dió las gracias allí,
de modo tan cariñoso,
que á hacerla, me decidí,
el oso.

Con petulancia no escasa,
decía yo: ¡Me amaré!
¡y yo la amaré sin tasa!...
hasta que llegamos á
su casa.

Entráronse de rondón;
en la acera quedé yo
hecho ya un guardacantón;
y ella, á poco, se asomó
al balcón

¡Qué muchacha! ¡santo Dios!
pensando estaba ¡qué talle!
Iria yo de ella en pos...
cayó otro lazo á la calle...
y van dos.

Lo cojo, cruzo la acera,
subo con pisada incierta
y corriendo la escalera;
¡llamo... se abre la puerta...
ella era.

—Entre V., me dijo: pase;
y yo decía: —¡Qué haré?
Y porque no me tachase...
en fin, que me hizo que
entrase.

Estaba sobresaltado,
y discurrendo qué hice
yo: en fin, en tal estado,
que estaba, como quien dice,
volado.

Creyendo que estaba sola,
hasta besarla intenté,
y ¡armé una batahola!...
Nada... que no daba pié
con bola.

Me hizo que me acercara
y el lazo fatal me dió,
pidiéndome ¡cosa rara!
el que yo mismo se lo
atara

Luego descubrió el escote
del cuello: mas como soy,
ó como estaba, tan zote,
por poquito si la doy
garrote.

¡Ay! tal convulsión me dió
y de tal modo apreté,
que los brazos estendió,
y... nada... que á escape se
desmayó.

La coloqué en el sofá...
maldije mi suerte negra...
y estaba en la puerta ya
cuando... aparece la suegra
¡la mamá!

Venía con un estuche;
¡Hoy muero! dije, de fiño:
y ya es inútil que luche;
sacó un revolver y dijo:
Escuche.

O se casa con mi hija,
á quien vil ha deshonrado,
para que lo hecho corrija,
ó lo mato sin cuidado;
elija.

Sacó un contrato legal
que tenía preparado;
firmé: «Fulano de Tal»;
y hoy... hoy me hallo casado
por mi mal

Mi mujer me tiene mmo,
pues es de pan un pedazo.
Ella me ama con extremo...
pero así que pillo un lazo
lo quemo.
ENRIQUE USUA.

LA VEJEZ A LA JUVENTUD

Yo soy el árbol viejo
de secas ramas é inclinada copa,
yo el que este mundo dejo
y tú el que hacía él camina viento en popa.

Yo soy la lacia rosa
que el tiempo deshojó con mano briososa,
y tú el tierno capullo
á quien Céfiro mece con su arrullo.

Yo el mortecino sol soy, que con paso
lento, camina á su postrer ocaso,
y tú el de rayo ardiente
sol que brilla y sonríe en el Oriente.

Tú el arroyo de lata
que entre gentiles flores se desata;
yo el río soy que con rumor incierto,
harto de andar por valle, monte, eriales,
dirige sus raudales

lentos y sucios al cercano puerto.
Tú el que vas tras de mí, brioso y fuerte,
buscando, igual que yo, la mar... la muerte.

Tu eres la primavera
y yo soy el invierno:
tú el joven recental, sencillo y tierno,
yo la res que el pastor manda que muera.

Yo tus secretos sé, porque he soñado
en la cuna inocente en que tu sueñas
y tu los míos sabes, porque en sueños
en mis brazos también hété contado:

yo, siempre que te miro,
de pensar en ayer lloro y suspiro,
y tú de mí te admiras
y en lo que yo hice sueñas y suspiras...
¡Oh! ¡Ya vendrán los años
y con ellos vendrán los desengaños!

Y cuando yo me río,
tu corazón sencillo, como el mío,
se alegra, y de tus ojos
lágrimas dulces brotan cual rocío,
que el cruel mundo tornará en abrojos.

Por eso dicen con justicia algunos
que los niños y viejos somos unos.

Esto, siendo yo niño,
mi padre entre sus brazos me contaba,
al par que me estampaba
en la mejilla un beso de cariño.

VICENTE ANDRÉS.

A UN RICO.

No puedo negar que llamas la atención en todas partes, pues para que en tí se fije es menester que la llames y á tí te gusta fijarla y te gusta que te alaben.

Algunos lo harán, sin duda; mas conste que si lo hacen, no es por tí, que tienes pocos atractivos personales y la educación ramplona y chabacano el lenguaje y el cerebro más vacío que bolsillo de cesante.

Es, nada mas, por tu ropa de buen corte y buena clase, que á tu cuerpo desgarrado da apariencias de elegante; por las camisas tan monas que ahora gasta la *jaij-laije*, y en vez de botones, tienen cordones para abrocharse, que en tí están divinamente, porque parecen ronzaes.

Muchos te alaban tambien por los hermosos brillantes

que lucen en tus alhajas, y son tantos y tan grandes, que mejor que un hombre rico pareces escaparate de la tienda de un joyero que recibe novedades y quiere, para venderlas, que las admire el que pase.

Y tú vives satisfecho, sin comprender... ¡só pedantel que no vales dos pesetas por muchos duros que gastes; que todos de tí se burlan, que no te respeta nadie y que hay muchos que se ríen cuando te ven por la calle; que eso es lo que da el dinero, al que tenerlo no sabe.

Si tú quieres que tu fama por otra mejor se cambie, escucha y sigue un consejo de amistad, que voy á darte.

Diviértete cuanto puedas, eso sí; pero no trates de humillar al que no tiene, porque mira que es muy fácil

que al dar una vuelta el mundo, tu caigas y él se levante.

Cuando hagas algún regalo, no pregones lo que vale; que eso parece indicar que quieres que te lo paguen, y guarda algunas pesetas, pues no temes que te falten, para darlas á los pobres cuando vayan á buscarte; que están muy malos los tiempos y hay muchas necesidades y extendiéndose de un modo va la epidemia del hambre, que su rigor dejará, como el remedio se tarde, á muchos padres sin hijos y á muchos hijos sin padre y tú, que tanto dinero tienes, según todos saben, puedes impedir que muchos amargo llanto derramen, siendo mas caritativo, y algo menos... elegante.

EDUARDO GARCIA

EN TIEMPOS...

La vi corriendo por la pradera, hermosa y bella como una huri, su talle esbelto, sus ojos negros, sus breves labios como el carmín.

Le dí mi brazo, vagamos juntos, le hablé de amores, se sonrió; en su albo seno jugaba inquieto, como un chiquillo, su corazón.

Nos detuvimos en una fuente, sus lindos rizos acaricié, cefí su talle; besé sus labios, cayó la tarde, brotó el placer.

JUAN A. BARRAGÁN GARCÍA



Como verán ustedes, con el fin de darcabida á todas las poesías admitidas para el certamen, retiramos hoy la lámina de última página.

Con el mismo objeto, suprimimos la *Correspondencia*. Y los anuncios.

Y con el mismo objeto nos suprimiríamos nosotros, si pudiéramos.

¡Miren ustedes que lo que estamos padeciendo estos días!...

Y... ahora que hablo del Certamen.

Algunos señores de los que para él han remitido composiciones, no han mandado todavía las señas de su domicilio.

¿No podrían subsanar esta omisión á la mayor brevedad posible?

Lo que deseamos es remitir las 75 pesetas al agraciado.

Y salir de esto cuanto antes.

¡Dios mío Dios mío! ¿por qué me habré yo metido en este berengenal?

✱

«Parece que el objeto que ha llevado á Viena al príncipe Fernando de Coburgo...»

Si; vénganme ustedes con esas.

¡Que lleve el objeto que quiera! ¡Y que se lleve los objetos que guste!

¡Lo que yo deseo es saber pronto el nombre del agraciado con el premio del Certamen!

¡Eso, eso!

✱

Pero... ¡cielos! ¿qué veo?

«Dicese que el agraciado con el premio...»

¡A ver á ver!

«... con el premio de la última lotería de la Exposición...»

¡Oh, no, no es eso!

✱

¿Quieren ustedes hacerme el favor de decirme quién es el agraciado?

(La solución en el número próximo.)

Imp. Militar y Comercial.—Arco del Teatro, 9 (pasaje)